

HARVEY, DAVID, *PARÍS, CAPITAL DE LA MODERNIDAD*.
EDICIONES AKAL, MADRID 2008.

Por Héctor Ramírez

Universidad Nacional de Salta, Facultad de Humanidades, Escuela de Historia, Cátedra
Espacio y Sociedad

En este nuevo libro, el geógrafo británico se propone “reconstruir de la mejor manera posible el funcionamiento del Segundo Imperio; cómo el capital y la modernidad se unieron en un espacio y tiempo concretos, y como las relaciones sociales y la imaginación política se vieron estimuladas por este encuentro”. Harvey inicio en los setenta la indagación sobre la actuación espacial del capitalismo en **Urbanismo y desigualdad social**, que se convertiría en punto de referencia para la geografía crítica radical de las siguientes décadas. La aplicación de perspectivas marxistas en la comprensión de la espacialidad del capital continuaría con **Los límites del capital** de 1982; sus análisis de los modos en que el capital aplaza o resuelve su tendencia a las crisis fue cerrado por el autor con **La condición de la posmodernidad** de 1989.

De entre sus más de quince libros- no todos traducidos al castellano- este último, publicado en medio del debate sobre la posmodernidad, es el que mayor repercusión alcanzó en las ciencias sociales, trascendiendo las fronteras de la geografía. París, capital de la modernidad, tampoco es una obra estrictamente “geográfica”, al menos en el sentido tradicional que tendría dicha adjetivación. Harvey, se apoya en la extensa bibliografía que refiere a la Francia (París más precisamente) del período 1830-1870. Por ejemplo el Libro de los pasajes de Walter Bejamín. No la lee ni la utiliza linealmente, sino “contra el hilo de su propia armazón teórica”. Su intención es dar cuenta de los procesos de destrucción creativa y de creación destructiva que fue el desarrollo de la modernidad y del capitalismo en un tiempo y lugar precisos. Harvey estudia detalladamente la dinámica del cambio urbano, la materialidad de los procesos sociales al mismo tiempo que se propone reconocer cómo el poder y

el significado de los discursos y de las percepciones dan forma a la vida social y por tanto al proceso histórico-geográfico, el que como tal, es nunca acabado.

La estrategia metodológica es la de deconstruir mitos sobre la modernidad tales como que representó una ruptura radical con el pasado. Por ello enfatiza la idea de destrucción creativa con la intención de, retomando la idea de Marx, buscar en lo nuevo los lineamientos de lo viejo; “ningún orden social puede alcanzar cambios que no estén latiendo en su condición existente”. Los cambios empiezan a configurarse hacia 1848 “lo nuevo empieza a cristalizar de lo viejo” desaparición de oficios, reemplazo de los pequeños comerciantes por grandes almacenes, paso de la producción artesanal dispersa a la industria manufacturera basada en la maquinaria, se procedió a la apertura de las enmarañadas callejuelas de la arquitectura medieval y su reemplazo por amplios bulevares; hacia 1870 la ciudad había entrado a “los porrazos” a la modernidad. Durante el proceso, París pasó de tener 786.000 hab. En 1831 a más de 1.000.000 en 1846. Para algunos esto era síntoma de decadencia, corrupción y el germen de la delincuencia y de las enfermedades. Para otros era un signo de dinamismo, posibilidades y oportunidades para hacer fortuna; la envejecida infraestructura de la ciudad era incompatible con la cada vez más sofisticada y eficiente organización capitalista de la producción y el consumo.

Hacia 1850 la ciudad se encontraba bajo las secuelas de la nueva crisis capitalista; el hambre, la miseria y las pestes ya no podían ser atribuidas a Dios o a la Naturaleza. Incluso los burgueses se daban cuenta de que el sistema que los beneficiaba-la especulación y la sobreproducción- tenía que ver con la tragedia humana desencadenada en Inglaterra desde 1847. “Se trataba de una auténtica crisis capitalista, enormes excedentes de capital y trabajo permanecían uno al lado del otro sin manera aparente de poder unirse provechosamente”. En ese contexto llega al poder en 1848, mediante elecciones, Luis Napoleón para proclamar, en 1852 el Segundo Imperio; sus dieciocho años de duración serían “un experimento terriblemente serio” para adaptarse a un capitalismo floreciente y exigente en medio de feroces intereses en pugna en los que cada sector trataba de sacar una u otra ventaja.

En 1853 es puesto en funciones como Prefecto Georges-Eugeni Haussmann quien luego sería satirizado como el “Atila de la línea recta”. Ambicioso, inescrupuloso, bonapartista, autoritario, creativo y con una enorme capacidad organizativa, sería el encargado de concretar las reestructuraciones urbanas que el capitalismo requería a la ciudad. Si bien había planes urbanísticos para modernizar París desde la Monarquía de Julio, Haussmann se encargó de desacreditar los planes de demócratas y socialistas, por impracticables, para poder establecer el mito de que “el Imperio es la Paz”; él y el gobierno del que formaba parte estaban produciendo una ruptura radical con el pasado. Lo que la ciudad necesitaba solo podría hacerlo el “benevolente autoritarismo del Imperio”. No obstante, el surgimiento de lo nuevo, aunque con lineamientos viejos, tendría consecuencias revolucionarias; una vez puestos en marcha el proceso de transformación cobró tal impulso que fueron imposibles de detener. La haussmannización, diseñada e implementada por “leales y talentosos administradores y tecnócratas” continuaría teniendo impacto cincuenta años después de la destitución del Baron. Una nueva lógica, la de proyecto urbano-en coherencia con el desarrollo del capital- y sus conceptos estaban siendo impuestos y aceptados. Ya no se trata de demoler un edificio o de abrir una nueva calle; la escala en que empezaba a ser pensada y diseñada la ciudad debía estar en consonancia con la nueva escala de actuación del capital. Los mercados y decisiones financieras tenían ahora coordinación nacional, al igual que los ferrocarriles, la prensa y los telégrafos; la nueva división internacional del trabajo estaba en marcha. Un tercio de los capitales franceses se estaban abriendo espacio en el extranjero.

Esta nueva coordinación nacional/internacional del capital provocaría una revolución en el consumo; desaparecían las granjas y huertas a medida que crecía la ciudad y las verduras llegaban de las provincias. La transformación de las relaciones espaciales exteriores aumentó la presión para la racionalización interna de la ciudad. Allí se crearía el mito de las proezas de Haussmann y se convertiría en una leyenda de la planificación urbana moderna cuyas ideas se extenderían por todo el mundo. Harvey es contundente en su opinión sobre Haussmann: “quería hacer de París una capital moderna digna de Francia, si no de la civilización occidental. Sin embargo, la realidad es que

su papel fue ayudar simplemente a convertirla en una ciudad en la que la circulación del capital se volvió el auténtico poder imperial”.

En este análisis el autor recurre creativamente a la literatura y a la pintura como lenguajes que registran lo que está sucediendo durante la transformación de la sociedad parisina. A través de *La prima Bette*, *Papá Goriot*, *Eugenia Grandet* y *La Comedia Humana* entre otras, Harvey buceó como urbanista más que como crítico literario en la obra de Balzac, la que “revela toda clase de cosas sobre una ciudad y su geografía histórica que, de otra manera quedarían ocultas. La dialéctica de la ciudad y cómo se pudo formar el yo moderno, se encuentra por ello presentada, pues, sin tapujos”.

La obra de Daumier, quien estuviera preso en 1834 por representar a Luis Felipe alimentado e hinchado -al igual que el Gargantúa Pantagruélico- por campesinos y obreros y dando refugio bajo su trono burgueses ricos, ilustra coherentemente el desarrollo teórico de la obra. Los dibujos seleccionados por Harvey plasman asombrosamente las transformaciones espacio-temporales que están sucediendo con la llegada del ferrocarril, con los nuevos hábitos de consumo y con las transformaciones urbanísticas de París.

La contundencia de la destrucción creativa del París antiguo para dar lugar a “La Capital de la Modernidad” es recogida por la fotografía de Charles Marville a quien el propio Hassmann le encargó la documentación de los barrios parisinos antes de su demolición.